

obispos como Nestorio, el más poderoso de los príncipes como un Constancio; un Valens, un Enrique VIII. Señaladme un hombre á quien la púrpura, el genio, la fuerza le haya servido de escudo contra los anatemas de la Iglesia, cuando se ha entregado á la herejía.

¡Doctrina inmutable! Cuando todo cambia y se transforma, la astronomía, la física, la química, la filosofía, la política, la jurisprudencia, las dinastías, los imperios, las formas de gobierno, la administración, el comercio, las artes, las manufacturas, las lenguas; cuando no queda ya señal de todo lo que fué antiguo, usos, costumbres, leyes, instituciones, sólo la Iglesia católica con su doctrina es siempre la misma. Ella sola no marcha con el siglo, porque es de todos los siglos, y sin cambiar sabe adaptarse.

Todo cambia en la tierra; y la doctrina católica, en manos de ancianos caducos, en un lugar que se llama el Vaticano, sin defensa, resistió á la corriente de los siglos, á los sueños de los sabios, al poder de los reyes, á la caída de los imperios; siempre es una, constante, idéntica á sí misma. Es porque viene de Dios, y Dios no cambia, es siempre el mismo, y ha dicho: «Porque Yo soy el Señor y no me mudo» (1).

No teme la sangre, porque la sangre vertida es como la savia que siempre la ha rejuvenecido. La persecución es su fuerza, la humillación su gloria, la muerte su inmortalidad.

¿Cómo cambiar? La inmutabilidad es el germen de la unidad, y la unidad el de la duración. El hecho no puede explicarse ni puede destruirse.

¡Cuántas dinastías ha visto nacer y perecer, imperios formarse y destruirse, reinos engrandecerse y arruinarse, repúblicas crecer y desaparecer, sistemas filosóficos hacer gran ruido y olvidarse, sectas religiosas extenderse y reducirse á la nada! Y en medio de todos esos restos de cetros rotos, de coronas deshojadas, de tronos hundidos, de cátedras hechas pedazos, y que el tiempo ha amontonado á su alrededor, ella sola se mantiene levantada, como la columna de Phocas en medio de las ruinas del foro romano.

Árboles infecundos, dos veces muertos, muertos á la verdad

(1) Ego Dominus et non mutator. (*Malach.*, III.)

de las creencias y á la santidad de las obras, desprovistos de fruto (1), lo mismo el luteranismo que el calvinismo se han secado. El uno ha venido á parar al racionalismo, y el otro al epicurismo. Un doctor protestante ha dicho: «Creo que difícilmente se encontraría en Alemania un solo doctor protestante, irreprochable en cuanto á los artículos más esenciales de la fe.»

En medio de la irresistible descomposición de todas las sectas protestantes que se pulverizan al soplo de un racionalismo sin freno y se disuelven en el fango de un abyecto sensualismo, la Iglesia católica muestra á la Alemania, que se maravilla y tiembla, el conjunto intacto de los dogmas eternos sin que nada pueda desunirlo, ni transformarlo, ni destruirlo, y que resiste á todas las pruebas de la fuerza, de la ciencia y del tiempo.

La divina unidad que acaba de ser abrazada con tan gran ardor por tantos nobles corazones, tantas doctas inteligencias, tantas almas generosas separadas de la herejía anglicana, no ha dejado de hacer efecto en los buscadores alemanes, cuyos pasos se han extraviado en todas las vías del error.

¡Qué de mentiras acreditadas por la historia, qué de sofismas fabricados por la filosofía se desvanecen á cada instante á la sola vista de los hechos contemporáneos, y conducen á los espíritus sabios á la revisión de los únicos axiomas de la prevaricación y de la mala fe! ¿Hay acaso un solo sofisma, un solo sarcasmo volteriano, que pueda prevalecer en el espíritu de un hombre sensato, en presencia del espectáculo de la Irlanda, nación libre y fuerte, porque ha permanecido católica? •

Donde quiera que se pronuncie el nombre de la Iglesia católica, este nombre hoy revestido de nueva gracia, de nueva dulzura y de nueva importancia, expresa y proclama la salvaguardia de las naciones que le son fieles. En España es el orden, la unidad, la justicia; en Alemania es la sola unidad posible; al oriente de Europa es la nacionalidad, la existencia, la esperanza; al septentrion es la verdadera luz, la verdadera libertad bajo el yugo de las tinieblas y de las arbitrariedades; en Italia es la piedra fundamental sobre la cual los espíritus más distinguidos establecen sus planes de regeneración, abandonando los restos de las doctrinas del jansenismo y de la impiedad, y las funestas

(1) Arbores infructuosæ, bis mortuæ, eradicatæ. (*Jud.*, XII.)

teorías de un carbonarismo inconsiderado y cruel; en Francia es el compendio de los derechos esenciales del cristiano, del padre de familia, del ciudadano. En todas partes el interes de la libertad de la Iglesia está indisolublemente ligado á algun interes nacional, político, humanitario. La causa de la Iglesia es ademas la causa del órden, de la justicia, de la humanidad.

Ella preserva á la Suiza de una horrible anarquía. El órden se ha refugiado en el corazon de los católicos de aquella romántica comarca del verdadero honor, del verdadero valor, del verdadero patriotismo. En España está confiado á sus manos el estandarte de la libertad civil y política del pueblo, como en otro tiempo supo colocar tan alto y firme el de la independencianacional. Esta libertad no podrá establecerse allí sobre una sólida base sino en tanto que la Iglesia tenga en ella una buena parte.

Repito que os fijeis en esta expresion de la parábola: «Se hace un árbol: *Fit arbor*». En efecto, dice San Cipriano, esta expresion significa que, mientras las demas sociedades religiosas no son más que ramas áridas y secas, troncos podridos, miserablemente dispersados acá y allá, sólo la Iglesia, reino de Dios sobre la tierra, es un árbol de sólida raíz y de tronco robusto (1). En efecto, en tanto que las sectas antiguas, destruidas las unas por las otras, han desaparecido, y que las sectas modernas, sembradas y desarrolladas á precio de tantos esfuerzos, usurpaciones, crímenes, sangre, despues de haberse transformado en mil otras sectas, se han extinguido completamente como instituciones religiosas, y no subsisten ya sino como instituciones políticas que amenazan arrastrar en su caída á los gobiernos que las han sostenido y sobre los cuales se apoyan; mientras que el árbol de la Reforma, batido en brecha por los proyectiles del racionalismo, sitiado por todos lados, cae roto en mil pedazos, y en tanto que los esfuerzos del pietismo dogmático con los concilios presididos por pontífices civiles, armados de clavas por báculos y del código criminal por Evangelio, no pueden retrasar una caída inminente, la Iglesia católica ha sostenido diez y ocho siglos de tempestades y de choques violentos sin perder nada de su vigor y de su solidez.

(1) *Ecclesia est unum robur, tenaci radice fundatum. (S. Cypr.)*

¡Apénas este árbol surgia en Roma, cuando una furiosa tempestad se levantaba contra él para extirparlo de un suelo donde dominaban las potencias infernales personificadas en tantas divinidades infames, de un suelo donde se agitaban los vientos de todas las doctrinas contradictorias de una filosofía licenciosa, de un suelo trastornado por la violencia de todos los vicios llevados por las corrientes de todos los errores! Apénas, coronado con la cruz, ha sido implantado en este suelo, cuando durante tres siglos el hierro y el fuego, la calumnia y el fraude, la seducción y la crueldad se han desencadenado sin pudor contra la Iglesia. Todas las escuelas la combaten con los sofismas de sus doctrinas; todos los emperadores la oprimen con la violencia de su poder; todas las naciones idólatras del imperio romano la persiguen con el furor de sus supersticiones; el mundo entero se levanta para formar contra ella una sola y comun tempestad; y este árbol de la Iglesia, solo, sin apoyo, sin ayuda, combatido por los vientos furiosos que soplan de todas partes, parece que no puede escapar á una destruccion inevitable. Sus pontífices son aprisionados, sus sacerdotes dispersos, sus hijos degollados por millones entre atroces suplicios, á los piés de los ídolos infames; y el árbol parece haber desaparecido entre un torrente de sangre. No hay, pues, ya Iglesia, no hay más cristianos, no hay más Cristianismo. El infierno lo tiene todo allanado; la filosofía sonríe malignamente; el paganismo triunfa y osa exigir un monumento á un monstruo coronado, manchado con tanta sangre cristiana, poniéndole esta inscripcion fastuosa: «Al divino Diocleciano, por haber abolido la supersticion cristiana en el mundo entero.» ¡Empero, ilusiones insensatas! ¡Sueños diabólicos! ¡Oh, cuán brevemente se desvaneció todo eso!

¡Qué prodigio! ¿Es un sueño? ¿Estoy bien despierto? El mismo lugar donde hablo, fué el palacio de Neron. El árbol de la cruz ha roto el hacha y la clava imperial. La pacífica tiara ha roto el cetro, espanto del universo. Neron ha inmolado á Pedro y sus sucesores; y hé aquí á Pedro y sus sucesores que levantan su voz en este templo, edificado sobre las ruinas del palacio de Neron. Los Césares perseguidores han desaparecido del mundo, y Pedro, sobreviviendo siempre en una sucesion inextinguible, reina aquí, cerca del lugar donde Neron lo hizo crucificar.

La tempestad no ha hecho daño más que á los que la susci-

taron. El imperio romano, tan vasto, tan poderoso, ha querido derribar la planta de mostaza; y esta planta, tan endeble, tan exigua, ha permanecido levantada y ha hecho caer, desaparecer para siempre del suelo el gran árbol, la encina secular del imperio romano.

En vano á los Césares que inmolaban los cuerpos han sucedido los herejes que roban las almas; que no pudiendo destruir el árbol de la Iglesia, han intentado desfigurarle, atacando uno á uno todos sus dogmas, y han negado á Jesucristo y su naturaleza, sus sacramentos y su eficacia, la ley y sus obligaciones, la Iglesia con sus derechos y sus prerogativas.

En los siglos IV y V, y mil años despues, en el XVI, esos errores encontraron obispos para enseñarlos, sacerdotes para sostenerlos, monjes para seguirlos, príncipes para defenderlos, emperadores para imponerlos, pueblos para profesarlos. Nada resiste al error que se presenta con el aparejo de la fuerza, con todos los artificios de la mentira, con todo el furor de las pasiones. En ese doble ejemplo, de triste memoria, la herejía parecía la fe universal; y así como en el siglo de Arrio el mundo cristiano se escandalizó de verse casi todo arriano, así tambien en el siglo de Wicleff y de Lutero, que resucitaron las blasfemias de los antiguos heresiarcas, la Europa católica se escandalizó de encontrarse casi toda entera luterana y wiclefista.

Pero la herejía no es contra la Iglesia más fuerte que lo fué la crueldad. Marcion, Arrio, Nestorio, Eutiquio, Pelagio, Donato, Novaciano, Wicleff, Lutero, Calvino, no fueron más dichosos que Neron, Domiciano, Calígula, Maximiano, Diocleciano, Julian el Apóstata y Mahoma.

Los diversos árboles de la herejía plantados y llevados al lleno de su desarrollo á costa de tantos esfuerzos, trabajo, crímenes, arroyos de sangre, han sido ya arrancados de raíz y yacen en tierra. Todas las sectas antiguas, destruidas las unas por las otras, han desaparecido. Los orientales que las acogieron expian al cabo de siglos su apostasía con la pérdida de toda cultura intelectual y moral, de toda ciencia, de toda civilización; y aquellos á quienes pareció demasiado pesado el báculo de Pedro, están condenados á gemir bajo el yugo del creyente, á temblar bajo la cimitarra del musulman.

Las luchas, las tempestades, las apostasías de pueblos ente-

ros, han sido una ventaja para la Iglesia, así como las tempestades rápidas y ligeras, al azotar el follaje de un viejo roble, no pueden hacer más que arrancar algunas de las ramas que deshonraban su corona, en tanto que el árbol secular se embellece y adquiere más vida, por haber perdido las ramas muertas que se pudren á su pié y contribuyen á abonar la tierra donde sus vigorosas raíces toman nuevo vigor. Las largas y rudas tempestades de tantas herejías no han hecho más que suministrar la ocasion al árbol de la Iglesia para desembarazarse de las ramas de tantos pueblos corrompidos é infructuosos, que ella misma ha arrancado de su unidad; y entre tanto se ha compensado esas pérdidas produciendo nuevos retoños, extendiendo otras ramas entre los nuevos pueblos conquistados á la fe en Asia y en América.

Las sectas modernas tambien, despues de haberse transformado en mil sectas, han muerto como instituciones religiosas; ya no subsisten sino como instituciones políticas que amenazan arrastrar al abismo á los gobiernos que las han sostenido.

Durante tres siglos los emperadores más poderosos; durante otros tres siglos los herejes más doctos y más apasionados; durante otros tres siglos los pueblos más feroces; durante otros tres siglos el mahometismo triunfante en casi todo el universo, y en los tres últimos siglos estas cuatro fuerzas diversas reunidas bajo el nombre de protestantismo, de filosofía, de revolución, es decir, el poder de los gobiernos, las blasfemias de la impiedad, la astucia de la herejía, la crueldad de los nuevos vándalos, el abyecto sensualismo de nuevos musulmanes, han atacado á la Iglesia con una voluntad diabólicamente determinada y obstinada para destruirla. ¿Y cuál ha sido el efecto? Tantas persecuciones, tantas acometidas tan prolongadas, tan poderosas, tan tenaces, no han hecho más que despojarla de algunas ramas, y asegurarle nuevas conquistas, nuevas fuerzas, nuevas glorias.

Ved la Inglaterra y la China, los dos imperios más poderosos, el uno del mundo hereje, el otro del mundo idólatra. Ambos, con la fuerza inmensa que han podido encontrar en la seducción, la crueldad, la ciencia y el oro, durante tres siglos, se han dedicado á destruir, el uno el Cristianismo, el otro el catolicismo. Y Roma, á despecho de sus leyes, que no respiran más que cruel-

dad, barbarie, sangre, proscripción, ha sabido mantener su culto, su fe, su doctrina, su ley en esas soberbias comarcas que, cansadas al fin de una inútil guerra secular contra un enemigo indestructible, ceden ante ella dispuestas á tratar, y no deliberando sino sobre las concesiones que podrán hacerle.

Lo que la adulación inspiraba á un poeta de Roma pagana, es una verdad histórica con respecto al árbol de la Iglesia, con relación á Roma cristiana. El árbol se ha levantado más vigoroso despues de los redoblados golpes del hacha; despojado de follaje, ha reaparecido más copudo; descargado de muchas de sus ramas, se ha hecho más fecundo; privado de su savia, ha dado más frutos (1).

Lo mismo que su divino Agricultor, este árbol ha pasado por toda clase de pruebas y de tentaciones: *Tentatum per omnia* (2). Lucifer no sabe ya qué inventar para derribarlo; en los arsenales del infierno ya no hay máquinas que no se hayan empleado para perderlo. Todos los sistemas de destrucción se le han aplicado; se han hecho todos los esfuerzos y todas las tentativas. La ciencia y la fuerza, la crueldad y la seducción, los escándalos interiores y las herejías exteriores, las sectas ocultas y los cismas manifiestos, los pueblos y los reyes han intentado muchas veces destruirlo.

En medio de tantos choques, de tantos asaltos, este árbol crece continuamente en Europa; la fe es más viva, la ciencia religiosa más católica, la oración ménos descuidada, las obras cristianas más multiplicadas, la caridad más generosa, el celo más emprendedor, el valor para declararse católico más comun, el sofisma más desacreditado, el respeto humano más débil; la incredulidad pasa de moda, el racionalismo excita la risa, ya que no inspire el horror; el protestantismo cae arruinado, la reforma en vías de decadencia.

Mientras que todos los tronos tiemblan, todas las sociedades amenazan ruina, todas las instituciones humanas declinan, sólo la Iglesia está firme y constante. Este grano de mostaza, imperceptible y desdenado, esta planta que parecia tan débil, mirada

(1) Per damna, per caedes ab ipso
Ducit opes animosque ferro.

(Horat., lib. iv, carm. iv.)

(2) Hebr., iv.

con lástima por el orgullo de los políticos, de la que parecían reirse y burlarse los poderosos árboles del protestantismo y del racionalismo, es hoy un árbol de profundas raíces, sólido tronco, extendidas ramas, copudo, que promete, con la majestad de su fuerza expansiva, cubrir un día el universo entero, ahogar y secar bajo su sombra los árboles en otro tiempo tan robustos, reducidos hoy á no ser á su alrededor más que zarzas miserables, ellos que ántes insultaban su debilidad.

La Iglesia es siempre lo que ha sido. De sus pruebas ha salido siempre en toda su integridad. Cuantas más riquezas ha perdido en estos últimos tiempos, ha ganado más en acrecentamiento de poder.

Los obispos están hoy más que nunca unidos á su augusto jefe. De todas partes del mundo los pueblos tienden hácia Roma sus manos suplicantes, porque no pueden pasar sin su protección. Las naciones mismas que se le han separado y parecen huirla, se aproximan más y más á ella por ocultas vías, las buscan, y suspiran el instante en que puedan reposar en sus ramas.

Fijaos en esta expresión: Sobre sus ramas: *In ramis ejus*. Lo que significa que este árbol único de la Iglesia se extiende universalmente, se dilata en todos sentidos por el milagro de su fecundidad, por su fuerza divina de expansión, que no puede ser por nada detenida ni disminuida (1).

Todos los imperios terrestres son semejantes á los metales: cuanto más ganan en extensión, más pierden en solidez; cuanto más se dilatan, más se adelgazan y se hacen endebles. Todos los lazos se resienten y acaban por romperse por el solo efecto de la distancia. Á medida que el rayo de luz se prolonga y se aleja del centro, se debilita; á medida que un país está más lejos del centro del poder, se aminora la dependencia. Á cien leguas de distancia se obedece, á trescientas se obedece poco, y á diez veces cien leguas nada. Si existe alguna unión momentánea entre la madre patria y la colonia, el tiempo hace sonar bien pronto la hora de la separación total. La historia está llena de estos ejemplos; la distancia da lecciones al orgullo, y lo confunde. ¿Qué imperio ha podido nunca dilatarse en una gran parte del mundo

(1) Ecclesia est quæ in multitudinem latius incremento fecunditatis extenditur.

y prolongar su duracion? La extension destruye la fuerza y devora la unidad.

Sólo la Iglesia católica está fuera de esta ley á la cual obedecen todas las cosas humanas. ¿Á dónde no se extiende, dónde no existe hoy más que nunca la Iglesia? Comarcas pestilentes, islas perdidas en los mares glaciales del polo, elevadas montañas cubiertas de eternas nieves, arenales abrasadores, selvas profundas en los más lejanos continentes, donde jamas ha penetrado la avaricia, por lo mismo tan emprendedora, en todas partes, en fin, se ve una cruz, en todas se ha formado una cristiandad; por donde quiera se extienden las ramas del árbol católico, se hace profesion de depender de Roma, y hay unidad sumisa, como si se estuviese á las puertas de Roma.

Sin ejércitos que combatan para extender sus conquistas y defenderla, sin escuadras, sin marina, sin gobernadores militares, sin fortalezas que hagan respetar su bandera, la cruz se encuentra en todas partes con toda la unidad de su doctrina, de su ley, de su jerarquía, de su jurisdiccion, de su magistratura, de su gobierno.

Ningun poder humano puede establecer en ningun lugar su autoridad, su magistratura, su jerarquía social sin someter el país. Sólo la Iglesia católica, sin sujetar políticamente los reinos, dejándolos sometidos á sus autoridades sociales, sin alterar en nada las formas de su gobierno civil y político, lleva allí, no solamente su doctrina, sino su soberanía espiritual. Porque así como el árbol no destruye, sino que cubre con sus ramas las humildes chozas que están bajo de él, lo mismo la Iglesia católica no destruye, sino que protege y defiende las sociedades humanas. Tiene en sí alguna cosa de homogéneo con todas las condiciones de la humanidad; es un elemento natural, necesario, que se asimila y se identifica con todas las sociedades, cualquiera que sea su grado de civilizacion ó de barbarie. Ni la desconfianza de su Gobierno, ni el celoso cuidado de su propia independenciam, cuando no están ciegas por la prevencion, al verse frente á la Iglesia les inspira ningun temor, ningun sentimiento de rivalidad.

La Iglesia se extiende, sin dividirse, por todas partes. La distancia, el espacio, el clima no cambian nada, ni á la majestad que manda, ni á la humildad que obedece. Á medida que el poder pontifical se encuentra más aislado, más desarmado, se

hace más potente. El Papa es más Papa á los ojos de los católicos mezclados entre los infieles y los herejes, allí donde sus bulas no tienen necesidad de *exequatur*.

La Iglesia es el solo poder que, sin el apoyo de la fuerza, recibe una adhesion libre, y gobierna en el órden espiritual tantas naciones diversas, miéntras que á tantos Gobiernos, con todas las fuerzas de que disponen, les cuesta trabajo gobernar un solo pueblo que amenace escaparse de sus manos.

El Pontífice romano, seguro de su autoridad, asegurado de su sucesion, lleno de fe en la fuerza y el poder que recibe de arriba, instituye obispos, envia misioneros por toda la tierra. Desde su trono pacífico, el pastor y padre de doscientos millones de criaturas dispersadas sobre toda la faz del globo, eleva su voz para condenar los errores y enseñar la verdad, y es creído; da órdenes y es obedecido, envia sus vicarios y son bien acogidos, promulga leyes y son ejecutadas, arregla las ceremonias y son practicadas, acuerda dispensas y son aceptadas, concede indulgencias y son recibidas. Hace despertar el Oriente; pacifica el Occidente; civiliza la Oceanía; reconquista el África; penetra en la China. Sus palabras tienen eco en el universo entero; dan que pensar á los protestantes; aun á los tronos inspiran cuidados, que en vano intentan ocultar con la máscara de una seguridad mentida ó de un desden afectado. Sólo su jurisdiccion es reconocida, sólo su voz es obedecida, sólo su accion es respetada, sólo su poder se extiende y domina verdaderamente en el mundo entero.

Pero no tenemos necesidad de recurrir á los siglos pasados para admirar esa milagrosa fuerza de expansion propia de la verdadera Iglesia; basta mirar lo que sucede en el presente siglo.

Apénas hace algunos años que entre los políticos, los literatos, los filósofos, se preguntaba con aire de insultante desden, qué habia sido de la Iglesia católica. En Francia estaba casi ahogada por los esfuerzos del filosofismo y de la revolucion. En Inglaterra no estaba la creencia más que en el populacho irlandés. En Italia estaba afectada de un incurable sopor. En Alemania, y en el resto de Europa, aquí, secularizada por las doctrinas jansenistas; allí, desconocida y vilipendiada por el fanatismo protestante; ántes, tolerada apénas; luégo, perseguida y oprimi-